

Cartografía de una vocación: entre el universo y la enseñanza

Gerardo Guzmán Silva*

Ésta es la historia de un niño peculiar. Aprendió a leer cuando tenía cuatro años de edad y, desde ese momento, supo que las letras marcarían su destino. Oriundo de Ayotlán, Jalisco, el sexto de ocho hermanos, creció en el seno de una familia numerosa donde la subsistencia era el motivo cotidiano y la atención de los padres debía repartirse con precisión.

Como todos los niños del pueblo –hermanos, primos y vecinos– recibió su primera instrucción escolar con la señorita Carmen Silva Hernández, profesora jubilada y que había destinado su casa a escuela particular tras su retiro. Cabe agregar que ella era también tía abuela de nuestro protagonista.

En esa casa-escuela, se asistía de dos a seis de la tarde, y los ejes formativos eran la gramática, la aritmética y la historia sagrada. Fue ahí donde, sin saberlo, ese niño encontró la profesión a la que dedicaría su vida. Aprendió a leer con prontitud, a escribir en letra cursiva y script a resolver problemas con operaciones básicas y a comprender el mundo desde la cosmovisión de la religión católica.

Los sábados eran una pequeña tortura, puesto que no había clases. Entonces le pedía a su mamá que lo dejara ir a visitar a la tía, a cambio de realizar los quehaceres asignados más veces de lo habitual. Aquella casa era un universo en sí misma: abundaban las plantas, pájaros, un gato naranja, hermoso y de carácter indomable, que le dejó algunas cicatrices en las manos, pero también un recuerdo entrañable.

Había algo más: misterio y libros. Fue ahí donde comenzó a gestarse su amor por las palabras y por su poder. La tía solía decir que la palabra era la puerta para lograr cualquier cosa y que enseñarla a otros era la mayor recompensa que podía tener un ser humano. Aquellas ideas no encontraron eco inmediato en la mente infantil del niño; sería hasta la adolescencia cuando cobrarían sentido.

Este breve contexto devela la identidad del protagonista: ese niño soy yo, Gerardo. A partir de aquí, me permito hablar en primera persona a partir de ahora.

Ingresé a la escuela primaria a los seis años, directamente a segundo grado, casi por concluir. Mis adelantos académicos, fruto de la enseñanza de mi tía Carmen, me permitieron omitir el primer grado y parte del segundo. Fue una etapa compleja: mis compañeros eran mayores y compartíamos poco en experiencias e intereses. Sin embargo, mis dos profesoras hicieron lo posible por incluirme. Durante esos años, mi fascinación por el universo y su funcionamiento se intensificó; tenía claro que mi vida estaría ligada, de una u otra forma, a la dinámica de la Tierra, sin abandonar nunca las letras.

La secundaria reforzó, paradójicamente, lo que no quería ser. Mi profesora de Geografía enseñaba desde una perspectiva memorística, desprovista de pensamiento crítico. Lejos de desalentarme, aquello despertó en mí una inquietud más profunda: comprender, cuestionar y explicar el mundo. Fue entonces cuando por primera vez pensé en ser maestro. Me decía a mí mismo: si algún día enseño Geografía, seré lo opuesto a esta profesora.

La preparatoria fue decisiva. Sabía que las ciencias sociales eran mi camino, pero aún no elegía una carrera. Una plática con profesionistas invitados marcó el rumbo: la Escuela Normal Superior de Jalisco formaba maestros de Geografía. La decisión fue inmediata.

No consulté a mis padres, quienes esperaban que estudiara medicina, arquitectura o incluso ingresara al seminario. Una tarde, en el único cibercafé del pueblo, busqué información sobre la Normal. En el proceso encontré también la licenciatura en Geografía, que formaba especialistas en la ciencia con un campo laboral que incluía la docencia. A mis padres les dije que estudiaría relaciones internacionales; en realidad, inicié los trámites para Geografía.

Ingresé, confesé la verdad y, tras una discusión ríspida, aceptaron apoyarme, aun cuando implicaba mudarme a la ciudad. Durante los años de formación me apasioné por la investigación social, pero el destino ya estaba trazado: la docencia me esperaba.

Al egresar, exploré diversas opciones laborales sin encontrar convicción. Fue un compañero quien me sugirió dar clases. Lo intenté y la respuesta fue inmediata. Elegí una pequeña escuela privada que ofrecía bachillerato intensivo para adultos y programas

de alfabetización inicial. Yo buscaba impartir bachillerato, pero las clases de alfabetización eran mejor remuneradas. Acepté sin dimensionar el reto: enseñar a leer y escribir a diez adultos mayores de cuarenta años.

Fueron meses de estudio, de lecturas intensas y de diálogo con otros docentes. No seguí un método único; me guie por la intuición y por la literatura que llegaba a mis manos. La combinación de estrategias dio resultado: en menos de ocho meses, aquellos adultos lograron decodificar, escribir sus nombres, los de sus seres queridos y construir enunciados completos.

Ese momento transformó mi vida. Comprendí, por fin, las palabras de mi tía Carmen: la palabra puede cambiarlo todo, pero enseñar a alguien a usarla es el mayor privilegio. En esa pequeña sala decidí que a eso dedicaría mi existencia.

Desde entonces presenté el examen de oposición y, a lo largo de casi diecisiete años, he enseñado arte, inglés, español, historia, geografía e incluso francés como lengua extranjera. He tenido la oportunidad de asumir cargos directivos en dos ocasiones, pero los he rechazado. Mi lugar está ahí, en la trinchera que llamamos aula.

Hoy, la vida me ha llevado a formar nuevos docentes. Y, curiosamente, mis áreas de enseñanza son la alfabetización inicial y la didáctica de la Geografía en educación primaria. Desde ahí, contribuyo — con convicción — a la formación de profesores críticos, capaces de orientar en medio de la compleja topografía social contemporánea.

Es profundamente emocionante caminar por la calle y que antiguos alumnos, ahora jóvenes, se acerquen y recuerden con afecto aquellas clases de Geografía. En esos encuentros breves, en esas palabras que regresan, confirmo que enseñar no es sólo transmitir contenidos: es dejar huellas invisibles, es sembrar preguntas, es abrir horizontes.

Porque, al final, mi historia no es otra cosa que eso: una cartografía. Un mapa tejido con palabras, con territorios y con encuentros humanos. Un mapa que comenzó en una casa llena de libros y misterio, y que hoy se sigue trazando en cada aula.

Por eso soy maestro: porque encontré en el universo un motivo para asombrarme, en la geografía una forma de comprender el mundo y en la enseñanza la manera más profunda de habitarlo y transformarlo.

*Doctor en Investigación Educativa Aplicada. Catedrático de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco y profesor de la Escuela Secundaria Mixta núm. 57. gerardo.guzman@bycemj.edu.mx